



## CAPÍTULO PRIMERO

### Las dos grandes corrientes de la Revolución

**D**os grandes corrientes prepararon e hicieron la Revolución: una, la corriente de ideas,—la ola de ideas nuevas sobre la reorganización política de los Estados—, venía de la burguesía; otra, la de la acción, venía de las masas populares, de los campesinos y de los proletarios de las ciudades, que querían obtener mejoras inmediatas y tangibles a sus condiciones económicas. Cuando esas dos corrientes se encontraron en un objeto común, cuando durante algún tiempo se prestaron un apoyo mutuo, entonces se produjo la Revolución.

Ya hacía tiempo que los filósofos del siglo XVIII venían socavando los cimientos de las sociedades cultas de la época, en las que el poder político, lo mismo que una inmensa parte de las riquezas, pertenecían

a la aristocracia y al clero, en tanto que la masa del pueblo quedaba en la situación de acémila de los poderosos. Proclamaron la soberanía de la razón, predicaron la confianza en la naturaleza humana de-



TRAJE Y DANZA DE ARISTÓCRATAS

clarando que, aunque corrompida por las instituciones que en el curso de la historia impusieron al hombre la servidumbre, recobraría todas sus cualidades cuando reconquistara la libertad, y de este modo los filósofos abrieron a la humanidad nuevos horizontes. Con la proclamación de la igualdad de todos los hombres, sin distinción de origen, y pidiendo la obediencia a cada ciudadano,—rey o campesino—, a la ley, considerada como la expresión de la voluntad nacional cuando ha sido hecha por los representantes del pueblo; con la demanda de la libertad en los contratos entre hombres libres y la abolición de las servidumbres feudales; formulando todas esas reclamaciones unidas entre sí por el espíritu sistemático y el método que caracterizan el pensamiento del pueblo francés, los filósofos habían preparado seguramente la caída del antiguo régimen, al menos en la mentalidad general.



VENDEDOR AMBULANTE PARISIÉN

Pero esto sólo no bastaba para que estallase la Revolución; había que pasar de la teoría a la acción, del ideal concebido en imaginación a su práctica en los hechos, y lo que sobre todo ha de estudiar hoy la historia son las circunstancias que permitieron a Francia hacer

ese esfuerzo en un momento dado: comenzar la realización del ideal.

Considérese además que mucho antes de 1789 había entrado Francia en un período de insurrecciones. El advenimiento de Luis XVI al trono en 1774 fué la señal de toda una serie de motines causados por el hambre, que duró hasta 1783. Después, en 1786 y sobre todo en 1788, comenzaron nuevamente las enérgicas insurrecciones campesinas. El hambre fué el motivo principal de los motines de la primera serie. En la segunda, si la falta de pan quedaba siempre como una de las causas, lo que principalmente impulsaba a los campesinos a la rebeldía era el deseo de no pagar los censos feudales. El número de esos motines fué en aumento hasta 1789, y al final de aquel año se generalizaron en todo el Este, el Nordeste y el Sudeste de Francia.

Así se disgregaba el cuerpo social. Sin embargo, una *jacquerie*, en su sentido de rebelión de cam-



J. - J. ROUSSEAU

pesinos, no es todavía una revolución, aunque tome formas tan terribles como las de levantamiento de los campesinos rusos en 1773, bajo la bandera de Pougatchoff. Una revolución es infinitamente más que una serie de insurrecciones en los campos y en las ciudades; es más que una simple lucha de partidos, por sangrienta que sea; más que una batallá en las calles, y mucho más que un simple cambio de gobierno, como el que hizo Francia en 1830 y 1848. Una revolución es la ruina rápida en pocos años de instituciones que habían empleado siglos en arraigarse y que parecían tan estables y tan inmutables que los reformadores más fogosos apenas osaban atacarlas en sus escritos; es la caída y la pulverización en un corto número de años de todo lo que constituía

hasta la esencia de la vida social, religiosa, política y económica de una nación, el abandono de las ideas adquiridas y de las nociones corrientes sobre las relaciones tan complicadas entre todas las unidades del rebaño humano.

Es, en fin, la floración de nuevas concepciones igualitarias acerca de las relaciones entre ciudadanos; concepciones que pronto se convierten en realidades comenzando a irradiar sobre las naciones vecinas, y trastornan el mundo dando al siglo siguiente su orientación, sus problemas, su ciencia, sus líneas de desarrollo económico, político y moral.



Para llegar a un resultado de esta importancia, para que un movimiento tome las proporciones de una Revolución, como sucedió en 1648-1688 en Inglaterra y en 1789-1793 en Francia, no basta que se produzca un movimiento de las ideas en las clases instruídas, cualquiera que sea su intensidad; no basta tampoco que surjan motines en el seno del pueblo, cualesquiera que sea su número y extensión: es preciso que la *acción revolucionaria*, procedente del pueblo, coincida con el movimiento del *pensamiento revolucionario*, procedente de las clases instruídas. Es necesaria la unión de los dos.

He allí por qué la Revolución francesa, lo mismo que la Revolución inglesa del siglo precedente, se produjo en el momento en que la burguesía, después de haberse inspirado ampliamente en la filosofía de su tiempo, llegó a la conciencia de sus derechos, concibió un nuevo plan de organización política y, fuerte por su saber, ruda

en la tarea, se sintió capaz de apoderarse del gobierno arrancándole de manos de una aristocracia palaciega que empujaba el reino a la ruina completa por su incapacidad, su ligereza y su disipación. Pero la burguesía y las clases instruídas nada hubieran hecho por sí solas, si la masa de los campesinos, a consecuencia de múltiples circunstancias, no se hubiera conmovido y, por una serie de insurrecciones que duraron cuatro años, no hubiera dado a los descontentos de las clases medias la posibilidad de combatir al rey y a la corte, de derribar las viejas instituciones y de cambiar completamente el régimen político del reino.

Sin embargo, la historia de ese doble movimiento no está hecha aún. La historia de la Gran Revolución Francesa ha sido hecha y rehecha muchas veces, desde el punto de vista de tantos partidos dife-

rentes; pero hasta el presente los historiadores se han dedicado especialmente a exponer la historia política, la historia de las conquistas de la burguesía sobre el partido de la corte y sobre los defensores de las instituciones de la vieja monarquía. Conocemos bien el despertar del pensamiento que precedió a la Revolución, los principios que en ella dominaron y que se tradujeron en su obra legislativa; nos extasiamos ante las grandes ideas que lanzó al mundo



DIDEROT

y que el siglo XIX procuró realizar después en los países civilizados. En resumen, la historia parlamentaria de la Revolución, sus guerras, su política y su diplomacia han sido estudiadas y expuestas en todos sus detalles; pero la historia *popular* de la Revolución queda aún por hacer. La acción del *pueblo* de los campos y de las ciudades no se ha estudiado ni referido jamás en su conjunto. De las dos corrientes que hicieron la Revolución, la del *pensamiento* es conocida, pero la otra corriente, la *acción popular*, ni siquiera ha sido bosquejada.

A nosotros, descendientes de los que los contemporáneos llamaban los «anarquistas», corresponde estudiar esa corriente popular, trazar al menos sus rasgos esenciales.

